

Núm. 46.

Semanario del Nuevo Reyno de Granada

Santafé 19 de Noviembre de 1809.



DISCURSO

que Don Joseph Maria Gutierrez pronunció en el Colegio y Universidad de San Pedro de Mompox, como Catedrático de Filosofía.

SEÑORES.

Una vez reunidos, como ya lo estamos, en este asilo pacífico con el noble objeto de disipar de nuestros espíritus las densas nieblas en que el pecado del primer hombre dexó envuelta à su posteridad, y de descubrir en quanto esté de nuestra parte los caracteres sublimes que dibuxó en nosotros el pincel de la Eterna Sabiduría, es menester, SS., olvidarnos de toda otra cosa, que no tenga una relacion inmediata con esta grave empresa, en que se halla ilustremente comprometido nuestro honor. Es menester recogernos dentro de nosotros mismos, y emplear todo el vigor de nuestras almas para no perder ningun medio de los que puedan conducirnos al dichoso fin, con que nos hemos aquí congregado.

Nunca había yo sentido mas todo el peso del destino que hoy me tiene colocado à vuestra frente, que en este instante en que fixando mis miradas sobre cada uno de vosotros, me parece que escucho los votos tiernos de vuestros Padres, de la Patria, y de la

Nacion. Estos votos queridos han penetrado mi alma, que de antemano se hallaba entristecida y como acobardada de su pequeñez, á la vista del campo inmenso de la ciencia por donde ha de discurrir, y en cuyos misterios profundos os debo iniciar: ya que he dicho otra vez que ellos me representan vivamente mis deberes, y que poniendome delante de mis ojos vuestros corazones, y vuestros espíritus, como que me demandan una eterna responsabilidad de vuestras operaciones y de vuestras ideas. Tan importante y sagrada así es, SS. la obligacion en que yo me veo constituido, y por ella debereis vosotros calcular la extension, y nobleza de la que á vosotros mismos os pertenece cumplir.

El tiempo prescripto para la enseñanza de la Filosofía, por las sabias constituciones de este Colegio, que tengo el honor de gobernar, es únicamente el de tres años: periodo demasiado corto, para el inmenso cúmulo de las sublimes verdades, que constituyen esta ciencia, aunque muy adecuado á la triste fatalidad, que condena al hombre en nuestros dias á marchar con rapidez sobre un espacio en que casi se tocan la cuna, y el sepulcro, y sobre el que es necesario representar tantos y tan diferentes papeles. Yo deberè, pues, en tan pequeña duracion volar con vosotros al travez de los mejores y mas útiles principios de la Filosofía, sin entretenerme un solo instante, en sutilezas y frívolas inquisiciones, que robandoos el tiempo, nada os dexarian sino vanidad y un saber falso decorado con el pompo-

so renombre de ciencia. El hombre, este ser dotado de cinco sentidos, que son otros tantos puntos de contacto, que lo ponen en relacion con toda la naturaleza, de quien es el Gete, el hombre pensador, y sublime por este rayo de la Divinidad, que lleva dentro de si mismo; su conciencia, testimonio seguro, que lo instruye y lo convence de la realidad de sus ideas, de sus juicios, de sus razonamientos, de sus determinaciones, y de todo quanto pasa allà en el fondo secreto de su interior; su corazon, asiento de las pasiones, origen del mal y del bien, su nacimiento, su desarrollo, su marcha, su decadencia, su debilidad, su muerte en una palabra, este hermoso universo tan fecundo en soberbios espectaculos, y los seres sensibles, que lo adornan, y afectan nuestros sentidos, y los insensibles que solo estàn al alcance de nuestro espíritu; he aqui en grande los objetos, que nos pertenecen, y que deben ocupar nuestra contemplacion, y nuestro estudio.

Pero ¿como lanzarnos en este infinito de luz, y de tinieblas, como resolvernos à penetrar en una ciencia tan vasta y tan difícil, sin reducirla à límites mas estrechos, y sin acomodarla, por decirlo asi, à nuestras propias fuerzas? Al hombre no le es concedido, ni necesario saberlo todo, ni aspirar à comprenderlo todo: él perdió en su origen esta preciosa herencia: de su obligacion solamente es, formar su juicio, hacerse á un tesoro de conocimientos útiles, adquirir el arte de razonar debidamente, y en fin, cultivar su espíritu quanto lo

permitan las circunstancias, y su capacidad, para no confundirse con los vegetales, y los brutos, no presentar la triste imagen de un desierto árido, ò de un bosque tenebroso cubierro de malezas.

Nosotros elegiremos, pues, para cultivarnos algunos ramos de la Filosofía; y si entre ellos se debe numerar su historia, empezaremos nuestra carrera, por este estudio ameno, y deleytable. Pasaremos luego á la Metafísica, á esta vasta, y sublime parte de la Filosofía, cuyos objetos son nada menos que las nociones mas universales, y abstractas de las cosas, la certidumbre, es decir, la base fundamental de todos los conocimientos humanos, y de donde nacen las verdaderas reglas de la sana crítica: el Arte precioso del raciocinio llamado Lògica ò Dialéctica: la magestuosa teoria de Dios, ser único, adorable, primer principio, y último fin de todo: la del alma humana, en la qual se explica la ciencia impresa del corazon ó la Moral: la de los brutos, que tiene tan misteriosas analogias con aquella, y finalmente la ciencia de los Cuerpos, libre de los experimentos, y como sujeta solo á las especulaciones intelectuales. Este solo ramo, que podemos mirar como uno de los exes sobre que rueda la masa inmensa de los sistemas, y de los principios filosóficos, llenará el primer año de nuestra carrera: aqui nos acostumbraremos á generalizar nuestras ideás, y abrazar luminosamente y de un golpe solo, grandes objetos: aqui afinaremos nuestras almas, las elevaremos, y quedare-

mos preparados para transportarnos con el mayor placer, al teatro mas fecundo, luminoso, y rico del espíritu humano. Hablo de las Matemáticas, en donde sentada la verdad sobre un trono de brillantéz, y de gloria, ha arrojado muy lejos de sí las tinieblas y las dudas. Aquí cosecharemos á manos llenas principios infalibles, principios importantes, y enriquecidos con este tesoro, volaremos á hacer un uso admirable de él, á las hermosas ciencias, que tienen por objeto la materia, el movimiento, la tierra, el agua, el ayre, la luz, los cielos, y á las ciencias naturales, estas ciencias benéficas, que enseñan á socorrer al género humano en sus males, que le acompañan en sus gustos, en todas las ocasiones de la vida, y hasta en los bordes del sepulcro; que le visten, le calientan, previenen á sus necesidades y caprichos, y son, en fin, el instrumento universal de sus placeres, y el fundamento de su felicidad.

Dexad, SS., crecer en vuestros corazones esta pasión ardiente de saber, con que todos los hombres nacemos, alimentad su fuego con el estudio, y al aspecto tristísimo de ese vacío humillante de conocimientos, en que os veis, irritaos noblemente por adquirirlos. El grito del genio se oirá mas de una vez dentro de vosotros al romperse el velo, que cubre los misterios profundos de la naturaleza, y entonces sentireis las delicias de la contemplación, y del estudio. Yo no perdonaré ningún medio para aliviar vuestros afortunados trabajos: yo arrancaré en quanto esté de mi parte, las

espinas, y allanaré los escollos que pudieran embarazaros; y amenizando vuestras tareas, y velando siempre con vosotros, os haré gustosa y fácil vuestra marcha à la ilustracion, sin la qual el hombre se halla confundido con el polvo, su entendimiento, rodeado de tinieblas, su corazon, hecho el juguete de las pasiones, y su espíritu degradado, y envilecido á los pies del fanatismo, y del error. Por esto es, que no hay tradicion tan constantemente reconocida, en todos los Pueblos de la tierra, como la que enseña „que los Dioses, tocados en el Olimpo de los males de la humanidad, se dignaron baxar á socorrerla, eligieron el medio de instruirla, y de llevarla à la felicidad y à la virtud, por el camino de la verdad y de la Filosofía.“ La ilustracion, pues, ò la Filosofía, ha sido en el entender de todos los sabios, la basa fundamental de la prosperidad de las Naciones, y de sus individuos, y la experiencia de todos los siglos tiene acreditado, que los Pueblos ilusos é ignorantes, que por muchos años gímieron en la infelicidad, y en la miseria, jamas se desentrevolvieron de sus cadenas, ni subieron à la gloriosa cumbre de la libertad, y del poder, hasta que adquirieron luces y cultivaron con empeño la Filosofía.

¿Y quien es el estúpido ó insensible, que notando estos rasgos inmortales, que caracterizan la ciencia, para cuyo estudio parece que hemos recibido la razon, no se compromete solemnemente con migo mismo, á consagrar en su obsequio los momentos mas

preciosos de su vida? ¿Hay entre nosotros, por ventura, alguna persona tan desgraciada, que no haya aun sentido arder en su pecho el deseo de ilustrarse? No, el hombre no está tan pervertido, que presentandosele el bien, bajo de un aspecto tan risueño, no lo anhele, ni las eternas Leyes de la Naturaleza son tan poco poderosas, que le hubieran dado una propension sin fruto á la felicidad. A mi me parece leer ya en vuestros semblantes el ardiente deseo de instruiros que os agita, y la firme resolucion, que habeis concebido de velar para conseguirlo. Tributad, pues, las gracias al hombre immortal que os ha dispensado este beneficio, y reunid con los míos, vuestros ardientes votos, para dirigirlos al Espíritu Eterno de la verdad, á fin de que purgandonos de toda inclinacion viciosa, que corrompería nuestras almas, arruinaría nuestras nobles facultades, y enervaría nuestra razon, ilumine nuestra marcha, y ponga en mis manos el hilo precioso con que gloriosamente pueda conducirnos al fin de nuestra empresa.

*

*Elevacion del pavimento del salon principal
del Observatorio de Santafé de Bogotá.*

La suma importante de la altura de un Observatorio astronómico sobre el nivel del Océano ha hecho que llevemos toda nuestra atencion hácia este objeto, desde que el célebre Mutis puso á nuestro cuidado este

establecimiento. En los NN. 30 (1808) y 22 (1809) de este Semanario hemos publicado la altura del Observatorio astronómico de esta Capital, usando de la fórmula de Trembley, corregida por Tralles. Pero los sabios mas acreditados de la Europa acababan de hacer grandes indagaciones sobre este objeto interesante, y han llevado esta materia á un grado de perfeccion que no esperabamos. Hasta esta época se habia caminado á ciegas, y con tanteos. Todas las fórmulas de Bouguer, de Trembley, Tralles, Deluc.....no eran sinó resultados de algunas medidas geométricas comparadas con las columnas mercuriales, y no tenian sinó una exáctitud precaria, y dependiente de las circunstancias. El célebre y profundo Laplace acaba de trazar un plan en que la teoría mas sólida hace todo el papel en la solucion de este problema. La relacion entre un volumen de mercurio determinado y otro de ayre á la temperatura del hielo que se funde, y á la presion de 76,0 centímetros; las leyes á que está sujeto el ayre atmosférico, y el calórico diseminado en él; un coeficiente general establecido por las mas exáctas y decisivas experiencias, y confirmado ó reproducido por la Física del modo mas satisfactorio; contando con la latitud, y con la disminucion de la gravedad hácia el Equador ha producido entre las manos de Ramond, Biot, Arrago y Laplace una fórmula que no dexa duda de quatro pulgadas sobre la elevacion de las montañas que se han sujetado á las medidas mas escrupulosas.